

ERN. } ¡Jesús!
 Sev. }
 y PEP. } ¡Ella!
 RUEDA }
 TEOD. } ¡Una mujer!
 (Precipitándose sobre él y abrazándole.)
 ¡Mi Julián!
 JULIÁN (Separándose para mirarla y por un violento esfuerzo
 poniéndose en pie y desprendiéndose de todos.)
 ¿Quién es? ¡¡Teodora!!
 (Cae sin sentido en tierra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto; en vez del sofá, una butaca.—
 Es de noche: un quinqué encendido sobre la mesa

ESCENA PRIMERA

PEPIIO escuchando en la puerta de la derecha, segundo término;
 después viene al centro

Al fin la crisis pasó,
 ó al menos no se oye nada.
 ¡Pobre don Julián! Muy grave,
 muy grave. De la balanza
 está en el fiel su existencia:
 à un lado la muerte aguarda,
 y al otro lado otra muerte,
 ¡la del honor, la del alma!
 Dos abismos más profundos
 que un amor sin esperanza.
 ¡Diablo! que me voy volviendo,
 con las tragedias de casa,
 más romántico que el otro
 con sus coplas y sus tramas.
 ¡Qué! ¡si tengo la cabeza
 hecha toda un panorama
 de escándalos, desafíos,
 muertes, traiciones é infamias!
 ¡Jesús, qué día! ¡y qué noche!
 ¡y lo peor es lo que falta! (Pequeña pausa.)

¡Vamos, que también ha sido
imprudencia temeraria
en tal estado sacarle...
y traerle...! ¡Pero vaya!
¿Quién á mi tío se opone
cuando entre las dos arcadas
poderosas de sus cejas
una idea se le graba?
Y hay que darle la razón:
ninguna persona honrada,
teniendo un soplo de vida,
en tal caso y en tal casa
se hubiera quedado. Y él
es hombre de temple y alma.
¿Quién viene?... (Acercándose al fondo.)
Mi madre. Sí.

ESCENA II

PEPITO y DOÑA MERCEDES, por el fondo

MERC. ¿Y Severo?
PEP. No se aparta
ni un momento de su hermano.
Mucho pensé que le amaba;
pero á tanto no creí
que su cariño llegara.
¡Si sucede lo que temol...
MERC. ¿Y tu tío?
PEP. Sufre y calla.
Algunas veces, «¡Teodora!»
dice con voz ronca y áspera;
«¡Ernesto!» dice otras veces,
y entre las manos la sábana
arruga. Después se queda
inmóvil como una estatua,
en el espacio vacío
fija tenaz la mirada,
y helado sudor de muerte
su frente copioso baña.
Dé pronto la calentura

vigor le presta: en la cama
se incorpora: escucha atento:
dice que *ella* y *él* le aguardan:
se arroja, quiere venir,
y solo á fuerza de lágrimas
y de súplicas, mi padre
consigue calmar sus ansias.
¿Calmar? No: ¡que por sus venas
lleva su sangre abrasada,
las iras del corazón,
del pensamiento los llamas!
Vamos, madre, que da angustia
ver la contracción amarga
de su boca: ver sus dedos
crispados como dos garras,
y aquel cabello en desorden
y aquellas pupilas anchas,
que parece que codician
y beben desesperadas
todas las sombras que flotan
alrededor de la estancia.
¿Y tu padre al verle?...

MERC.
PEP.

¡Gime
y jura tomar venganza!
y también dice «¡Teodora!»
y también «¡Ernesto!» clama.
¡Quiera Dios no los encuentre,
porque si los encontrara,
quién sus enojos disipa,
quién sus furores ataja!
Tu padre es muy bueno.

MERC.
PEP.

Mucho;
pero con un genio, ¡vaya!...

MERC.

Eso sí; muy pocas veces,
muy pocas veces se enfada:
pero como llegue el caso...

PEP.

¡Es un tigre de Bengala!...
salvo el respeto debido.

MERC.
PEP.

Siempre con razón sobrada.
No sé si siempre la tiene;
pero esta vez no le falta.

MERC

¿Y Teodora?
Arriba queda.

Quiso bajar .. ¡y lloraba! ..
 ¡Una Magdalena!...

PEP. ¡Ya!

MERC. ¿Arrepentida ó liviana?
 ¡No digas eso, infeliz!
 ¡Si es una niña!

PEP. Que mata,
 inocente y candorosa,
 dulce, purísima y mansa,
 á don Julián. De manera
 que si vale tu palabra,
 y es una niña, y tal hace
 casi al borde de la infancia,
 deja los años correr
 y Dios nos tenga en su gracia.

MERC. Ella casi no es culpable.
 tu amiguíto, el de los dramas,
 el poeta, el soñador...
 ¡el infame! fué la causa
 de todo.

PEP. Si no lo niego.

MERC. ¿Y por dónde anda?

PEP. ¡Pues anda!...
 Ernesto á estas horas corre
 por las calles y las plazas,
 huyendo de su conciencia
 y sin poder evitarla.

MERC. Pero ¿la tiene?

PEP. Es posible.

MERC. ¡Qué tristezas!

PEP. ¡Qué desgracia!

MERC. ¡Qué desengaño!

PEP. ¡Cruel!

MERC. ¡Qué traición!

PEP. ¡De mano airada!

MERC. ¡Qué escándalo!

PEP. ¡Sin igual!

MERC. ¡Pobre Julián!

PEP. ¡Suerte aciagal!

ESCENA III

DOÑA MERCEDES, PEPITO y UN CRIADO

CRÍA. Don Ernesto.

MERC. ¡Y él se atreve!...

PEP. ¡Es osadía que pasmal!

CRÍA. Yo pensé...

PEP. Pensaste mal.

CRÍA. Viene sólo de pasada.
 Al cochero que trala,
 le dijo: «Ya salgo: aguarda.»
 De modo...

PEP. (Consultando con su madre.)
 ¿Qué hacer?

MERC. Que pase.

(Sale el Criado.)

PEP. Yo le despido.

MERC. Con maña.

ESCENA IV

DOÑA MERCEDES y PEPITO; ERNESTO por el fondo. Doña Mercedes sentada en la butaca; al otro lado, en pie, Pepito; en segundo término Ernesto, sin que nadie se vuelva á saludarle

ERN. (Aparte.)
 ¡Desdén: silencio hostil: asombro mudo!
 ¡Prodigio de maldad y de insolencia
 seré desde hoy sin culpa que me manche! ..
 ¡para todos! .. ¡que todos me desprecian!)

PEP. Escucha, Ernesto.
 (Volviéndose hacia él y con acento duro.)
 ¿Qué?

ERN. (Lo mismo.) Quiero decirte...

PEP. ¿Que salga acaso?

ERN. (Cambiando de tono.) ¡Yo! ¡Jesús, qué ideal! ..
 Era... no más... que preguntar... si es cierto...
 (Como buscando algo que decir.)
 que después... al Vizconde...

ERN. (Con voz sombría y bajando la cabeza.)
Si.
PEP. ¿Tu diestra?...
ERN. Salí loco... bajaban... los detuve...
subimos otra vez... cierro la puerta.
Dos hombres... dos testigos... dos espadas...
Después... no sé... dos hierros que se estre-
chan...
¡un grito!... ¡un golpe!... un ¡ay!... ¡sangre
que brota!...
un asesino en pie... ¡y un hombre en tierra!
¡Qué diablo! tiras bien. ¿Oye usted, madre?
¡Más sangre aún!

PEP. Lo mereció Nebreda.
MERC. (Acercándose.)
ERN. Mercedes, por piedad... una palabra!
¿Don Julián?... ¿Don Julián?... Si usted su-
piera
MERC. ¿cuáles mi angustia!... mi dolor... ¿Qué dicen?
Que la herida mortal dentro la lleva
y más se encona cuanto más al lecho
de muerte y de dolor usted se acerca.
Salga usted de esta casa.

ERN. Quiero verle.
MERC. Salga usted pronto.
ERN. No.
PEP. ¡Tal insolencia!...
ERN. Es muy digna de mí. (A Pepito.)
(A doña Mercedes con tono respetuoso.)
Perdón, señora:
soy como quieren los demás que sea.
¡Por Dios, Ernesto!

MERC. Mire usted, Mercedes,
ERN. cuando a un hombre cual yo se le atropella
y sin razón se le declara infame,
y al crimen se le obliga y se le lleva,
la lucha es peligrosa... para todos;
pero no para mí, que en lucha fiera
con invisibles seres, he perdido
honra, cariño, amor, y no me resta
ya por perder más que girones tristes
de insípida y monótona existencia.
Sólo vine a saber si hay esperanza...

¡no más! ¡no más!... pues bien, ¿por qué me
este consuelo? [niegan
(Suplicando á doña Mercedes.)
¡Una palabra!
Vamos...
MERC. Dicen... que está mejor.
ERN. ¿Pero de veras?...
¿No me engañan?... ¿Es cierto?... ¿Lo asegu-
ran?...
¡Usted es compasiva!... ¡Usted es buena!...
¿Será verdad?... ¿será verdad, Dios mío?...
¡Que se salve, Señor!... ¡que no se muera!
¡que torne á ser feliz!... ¡que me perdone!
¡que me abrace otra vez!... ¡que yo le vea!
(Cae en el sillón próximo á la mesa, y oculta el rostro
entre las manos sollozando. Pausa.)
MERC. Si oye tu padre... si tu padre viene...
(Se levanta doña Mercedes, y ella y Pepito se acercan
á Ernesto.)
¡Juicio!... ¡Valor!... (A Ernesto.)
PEP. ¡Que un hombre llanto vierta!
(Aparte.)
(Estos seres nerviosos son terribles:
¡lloran y matan por igual manera!)
ERN. Si llanto vierto, si el sollozo acude
á mi garganta en convulsión histérica,
si débil soy, como mujer ó niño,
no piensen que es por mí. ¡Por él! ¡por ella!
por su dicha perdida: por su nombre,
manchado para siempre: por la afrenta
que á cambio de su amor y beneficios
les dió... ¡no mi maldad! ¡mi suerte negra!
¡Por eso lloro! y si el pasado triste
con lágrimas ¡ay Dios! borrar pudiera,
¡en lágrimas mi sangre trocaría
sin dejar una gota por mis venas!
¡Silencio por piedad!
MERC. Luego más tarde
PEP. hablaremos de llantos y tristezas.
ERN. Si todos hablan hoy, ¿por qué nosotros
no hemos de hablar también? La villa entera
es hervidero y torbellino móvil
que llama, absorbe, atrae, devora, anega,

tres honras, y tres nombres, y tres seres,
y entre espumas de risa se los lleva,
por canalizos de miseria humana,
al abismo social de la vergüenza,
y en él hunde por siempre de los tristes
el porvenir, la fama y la conciencia.
Más bajo, Ernesto.

MERC.
ERN.

No: si ya son voces,
si murmullos no son: ¡si el aire atruenan!
Ya nadie ignora el trágico suceso,
mas cada cual lo dice á su manera.
Todo se sabe siempre, ¡gran prodigio!
mas nunca la verdad, ¡suerte funesta!
(Ernesto en pie, á su lado, y mostrando interés por saber lo que corre por la villa, doña Mercedes y Pepito.)
Los unos, que en mi casa sorprendida
Teodora por su esposo, yo con ciega
furia le arremetí, y al noble pecho
infame hierro le asestó mi diestra.
Los otros, mis amigos por lo visto,
de asesino vulgar al fin me elevan
á más noble región: yo le dí muerte,
pero en lucha leal... ¡un duelo en regla!
Hay, sin embargo, quien la historia sabe
con más exactitud, y *ese* ya cuenta
que tomó don Julián mi vez y puesto
en el pactado lance con Nebreda.
¡Llegué tarde!... por cálculo ó pavora,
ó porque en brazos... ¡No! mis labios quemara
la frase impura, y mi cerebro loco
es todo llamas que volcán semejan.
¡Buscad lo que más mancha: lo más bajo,
lo más infame, lo que más subleva,
lodos del corazón, cienos del alma,
escoria vil de miserables conciencias,
echadlo al viento, que las calles cruza,
con ello salpicad labios y lenguas,
y la historia tendréis de este suceso,
y encontraréis en ella lo que resta
de dos hombres de honor y de una dama
cuando sus honras por la villa ruedan!
Es triste, no lo niego; pero acaso
no todo es culpa en la opinión ajena.

MERC.

PEP. Fué Teodora á tu casa... en ella estaba..
ERN. Para evitar el duelo con Nebreda.
PEP. ¿Pues por qué se ocultó?
ERN. Porque temimos
que fuese mal juzgada su presencia.
PEP. La explicación es fácil y sencilla:
lo difícil, Ernesto, es que la crean;
porque hay otra más fácil y más llana...
ERN. ¡Y que de-honra más! ¡y esa es la buena!
PEP. Pues concede que al menos en Teodora
si malicia no fué, fué ligereza.
ERN. ¡El delito es prudente y cauteloso!
¡en cambio, qué imprudente la inocencia!
PEP. Pues mira, sólo hay ángeles y santos:
como apliques á todos esa regla...
ERN. Y bien, tienes razón: tales calumnias
¿qué importan, ni qué valen, ni qué pesan?
¡Lo horrible es que se mancha el pensa-
miento
al ruin contacto de la ruin idea!
Que á fuerza de pensar en el delito,
llega á ser familiar á la conciencia.
Que se ve repugnante y espantoso...
¡pero se ve!... ¡de noche en la tiniebla!
¡Esto sí!...
(Aparte.)
(¿Pero qué?... ¿Por qué me escuchan
con curiosa mirada y faz suspensa?)
(En voz alta.)
Yo soy quien soy; mi nombre es nombre
[honrado:
si sólo por mentir maté á Nebreda,
¿por trocar en verdaderas sus calumnias
yo, conmigo culpable, qué no hiciera?
PEP. (¡Y negaba!... Si es claro.) (Aparte á Mercedes.)
MERC. (Aparte á Pepito.) (Hay extravío.)
PEP. (Lo que hay en puridad es que confiesa.)
MERC. (En alta voz.)
Retírese usted, Ernesto.
ERN. No es posible.
Si yo esta noche lejos estuviera
de aquel lecho... señora, perdería
¡el juicio!... ¡la razón!

Y también el pobre Ernesto,
muriendo tal vez por mí...
¿Por qué me miras así?
¿Pero qué mal hay en esto?
¿Es que no estás convencida?
¿Piensas como los demás?

MERC. (con tono seco.) Pienso que estaba de más
que temieses por la vida
de ese joven.

TEOD. No. ¡Nebreda
es famoso espadachín!
Ya ves... mi Julián...

MERC. Al fin
tu Julián vengado queda,
y el espadachín tendido
de un golpe en el corazón;
de suerte que sin razón...
has dudado y has temido.
(Con intención y dureza.)
¿Y fué Ernesto? (Con interés.)

TEOD. Ernesto, sí.

MERC. ¡Al Vizconde!

MERC. Frente á frente

TEOD. (Sin poder dominarse)

TEOD. ¡Ah! ¡qué noble y qué valiente!

MERC. ¡Teodora!

MERC. ¿Qué quieres? di.
(Con severidad.)
Te adivino el pensamiento.
¿Mi pensamiento?

TEOD. Sí.

MERC. ¿Cuál?

MERC. ¡Bien lo sabes!

TEOD. Hice mal
al demostrar mi contento
por ver á Julián vengado:
mas del alma impulso ha sido
que refrenar no he podido.

MERC. No es eso lo que has pensado.

TEOD. ¿Pero tú lo has de saber
mejor que yo misma?

MERC. (Con profunda intención.) Mira,
cuando mucho el alma admira,

va camino del querer.
TEOD. ¿Que yo admiro?

MERC. La bravura
de ese mozo.

TEOD. ¡Su nobleza!

MERC. Da lo mismo, así se empieza.

TEOD. ¡Eso es delirio!

MERC. ¡Es locura!

TEOD. pero en tí...
¡No cedel... ¡no!...
¡Siempre esa idea maldita!...
¡Lástima inmensa; infinita!
eso es lo que siento yo.

MERC. ¿Por quién?

TEOD. ¿Por quién ha de ser?

MERC. Por Julián.

MERC. ¿Nunca has oído
que van lástima y olvido
á la par en la mujer?
TEOD. ¡Calla, por Dios!... ¡por piedad!

MERC. Quiero alumbrar tu conciencia
con la voz de mi experiencia
y la luz de la verdad. (Pausa.)
TEOD. Te escucho, y al escucharte,
no mi madre, no mi hermana,
no mi amiga, me parece,
tal me suenan tus palabras,
que Satanás por tus labios
aconseja, inspira y habla.
¿Por qué quieres convencerme,
que mengua, y mengua en el alma,
el cariño de mi esposo,
y que en ella impuro se alza
otro cariño rival
con fuego que quema y mancha?
¡Si yo quiero como quise!
Si yo diera, hasta agotarla,
toda la sangre que corre
por mis venas y me abrasa,
por sólo un punto de vida,
(Señalando hacia el cuarto de don Julián.)
de aquel de quien me separan.
Si yo entraría ahora mismo

si tu esposo me dejara,
y en mis brazos á Julián,
inundándole de lágrimas,
con cariño tan entero
y tal pasión estrechara,
que se fundieran sus dudas
al calor de nuestras almas!
¿Y porque á Julián adore
he de aborrecer ingrata
al que noble, generoso,
por mi su vida arriesgaba?
¿Y no aborrecerle es ya...
amarle? ¡Jesús me valga!...
Tales cosas piensa el mundo,
oigo historias tan extrañas,
tan tristes sucesos miro,
tales calumnias me amagan,
que á veces dudo de mi
y me pregunto espantada:
¿seré lo que dicen todos?
¿llevaré pasión bastarda
en el fondo de mi ser,
quemándome las entrañas,
y sin saberlo yo misma,
en hora triste y menguada,
por potencias y sentido
brotará la infame llama?
¿Luego me dices verdad?
¡Si digo verdad!...

MERC.

TEOD.

MERC.

TEOD.

¿No le amas?
¡Mira, Mercedes, que yo
no sé cómo te persuada!
¡Tal pregunta en otro tiempo
la sangre me sublevaba,
y ahora, ya lo ves, discuto
si soy ó no soy honrada!
¿Es esto serlo de veras?
¿es serlo con toda el alma?
¡No! ¡sufrir la humillación
es ser digna de la mancha!
(Se oculta el rostro entre las manos y cae en la butaca
de la derecha.)
No llores: vamos, te creo.

MERC.

No llores, Teodora... basta.
No más. Ya sólo te digo,
y concluyo, una palabra.
Ernesto no es lo que crees:
no merece tu confianza.
Es bueno, Mercedes.

TEOD.

MERC.

TEOD.

MERC.

TEOD.

MERC.

No.
Quiere á mi Julián.

Le engaña.

¡Otra vez!... ¡Jesús mil veces!
No digo que tú escucharas
su pasión: tan sólo digo..
digo tan sólo *que te ama*.

TEOD.

MERC.

¿El á mí? (Con asombro y levantándose.)

¡Lo saben todos!

¡Hace poco, en esta sala,
delante de mí, de mi hijo...
ya ves tú!...

TEOD.

(Con ansia.) Y bien, acaba.

MERC.

¿Qué?

¡Que confesó de plano!
¡Y con frase arrebatada
juró que por tí daría
vida, honor, conciencia y alma!
¡Y al llegar tú, quiso verte,
y sólo á fuerza de instancias
conseguí que se marchase
adentro! Y estoy en ascuas
por si le encuentra Severo
y sus enojos estallan.
Y ahora, ¿qué dices?

(A pesar suyo, ha seguido esta relación con una mezcla extraña de interés, asombro y terror, algo indefinible.)

TEOD.

¡Dios mío!

¡será verdad tanta infamia!
¡Y yo que por él sentía!...
¡Y yo que le profesaba
cariño tan verdadero!...

MERC.

TEOD.

¿Otra vez lloras?
¡El alma
no ha de llorar desengaños
de esta vida desgraciada!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1626 MONTERREY, MEXICO